Corporación de antiguos alumnos de la "Institución Libre de Enseñanza" del "Instituto-Escuela" y de la "Residencia de Estudiantes" de Madrid.

GRUPO DE MEXICO **CIRCULAR NUM. 83**

B O L E T I N

IN MEMORIAM

GINER DE LOS RIOS, UN ESPAÑOL HETERODOXO (1)

por LUCIANO DEL RÍO

Posiblemente un joven que haya nacido en los años de nuestra guerra civil, al hablarle de don Francisco Giner, en el supuesto de que tenga noticias de él, lo primero que se preguntará es cómo fue posible la germinación en España del movimiento intelectual que representa, siendo, por menos aparentemente, tan extraño a nosotros; cuál la razón histórica de su arraigo. El hecho parece desde luego un tanto insólito y sin justificación. Para los que desconozcan lo que Giner de los Ríos representaba, de donde venía y a donde se proponía llegar, creo que es previo dar una visión panorámica de la ideología que motorizó el pensamiento —y no sólo el pensamiento— de este austero español.

Creo que no cabe la menor duda sobre el hecho de que don Francisco Giner de los Ríos es el máximo heredero del movimiento intelectual que representaba don Julián Sanz del Río, el solitario de Illescas, que allá por los años 40 había sido Becario del gobierno español en Alemania durante dos años, antes de ocupar la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad de Madrid. Allí, en Heidelberg, estudia filosofía. Pero este hombre nacido en la parda meseta soriana, ¿qué trae prendido en su mente después de dos años de vida cenobial en el reducto heidelbergiano? Pues una extraña y esotérica filosofía. La gran sementera que fue el kantismo, había prendido en el huerto de la apacible ciudadela que era la Universidad de Heidelberg, previo injerto en el idealismo de Fichte y Shelling. Y lo que había brotado en la cabeza de uno de sus profesores fue un sistema moral; una filosofía moralizante expresada en un lenguaje oscuro y difícil. Esta filosofía se llama "krausismo" y su fundador, Karl Christian Friederich Krause. El propio Krause calificaba a su filosofía con la expresión un tanto imprecisa de "racionalismo harmónico". El círculo de los contagiados por este pensamiento fueron pocos, pero ciertamente muy fervorosos y seguidores. Uno de ellos fue el español Sanz del Río. Ignoro si se ha estudiado por qué este fenómeno intelectual que se llamó krausismo prendió en España, si bien en una minoría evidentemente selecta y de fina sensibilidad intelectual. Pero para mí creo que la causa está en la base ética que la sustenta. Porque por entonces "lo español" no cabía definirlo sino como una aguda crisis moral. Ciertamente tienen razón los que atacan al krausismo diciendo que se trataba de una filosofía de pésima nomenclatura pero... lo cierto es que importaba no poco para nuestra flaca formación moral. Cuando se dice que el krausismo no valía la pena como filosofía se tiene razón desde el punto de vista de la formación de filósofos. Pero si con las ideas de Krause no cabía presumir de tener en la cabeza una buena filosofía, si cabía decir que era, éticamente, sumamente útil desde el punto de vista educativo en el orden individual, político y socialmente. Sobre todo para un país como el nuestro. Esta fue la primordial proyección que le dio Giner de los Ríos.

En torno a 1880, en una especie de "parauniversidad", esto es, en lo que se llamó la "Institución Libre de Enseñanza", se hace patente la obra de Giner de los Ríos. No creo que se pueda negar que por estos años y a partir de la creación del centro oficial "Junta para Ampliación de Estudios" en 1907, España eleva, y aun supera, el nivel de algunos países europeos. Claro está que esta labor se limita a unas minorías selectas. Porque a comienzos de siglo, más de la mitad de los españoles no saben ni leer ni escribir. Esto quiere decir que el movimiento cultural europeizante de los "institucionistas", la "inteligensia" cultivada por el krausismo, era minoritario y, por consiguiente, no había revertido en el pueblo. En este viejo pueblo español encorvado sobre la gleba desde hacía centurias, el krausismo tuvo un denodado opositor: Menéndez y Pelayo, que lo acusaba de extranjerizar a España. Quizá, en parte, tenía razón. Pero este españolizante reconocía que el krausismo había venido a suplantar el escolasticismo español que, por entonces, pese a los esfuerzos del P. Ceferino González, no acababa de revitalizar. Y en "Ciencia española" don Marcelino se mostraba inquieto por la situación de este pensamiento. Las polémicas que tuvo con los krausistas fueron famosas, pero hubo de reconocer su temple moral y rendirles homenaje. Creo que cabe decir que el encuentro de estas dos Españas fue util y necesario.

(1).—"Diario de Pontevedra", España, 21 de febrero de 1965. (fragmentos).

Aniversarios de varones ilustres (1)

DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS (1839-1915)

N. de la R.—Se cumple en estos días el cincuentenario de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos y por ello este boletín se asocia a quienes honran hoy la memoria del benemérito fundador de la célebre Institución Libre de Enseñanza, una de las fuerzas creadoras de la cultura moderna española y cuya obra no sólo influye en España sino también, a través de libros y de hombres, en los países hispanoamericanos.

Resumamos unos cuantos datos esenciales: Don Francisco Giner de los Ríos nace en Málaga, el 10 de octubre de 1839. Estudia en Cádiz, Alicante y Barcelona y obtiene el doctorado en Derecho en Granada, donde además sienta las bases de su cultura filosófica y artística. Hacia 1863 se instala en Madrid, donde recibe las enseñanzas de don Julián Sanz del Río e inicia su fecunda labor docente. En 1875, con motivo de un decreto que los intelectuales consideran atentatorio a la libertad de cátedra, don Francisco protesta públicamente junto con otros ilustres profesores —Castelar, Salmerón, etc.— y, como consecuencia de su actitud, es destituido, procesado y encarcelado. En 1876 don Francisco y otros catedráticos fundan la Institución Libre de Enseñanza. El 18 de febrero de 1915 muere en Madrid, dejando su obra en las manos de su amigo y discípulo don Manuel B. Cossío. Como es sabido, la tradición de la Institución se prolonga más tarde en la reputada Residencia de Estudiantes bajo la dirección del heredero de aquellos educadores, don Alberto Jiménez Fraud. Y es a la pluma de éste, precisamente, a quien se debe la conmovida semblanza de don Francisco Giner de los Ríos que reproducimos a continuación y que forma parte del libro *Ocaso y Restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, que ha publicado el Colegio de México, presidido por don Alfonso Reyes, en 1948.

(1).—*"Perspectivas de la UNESCO"* (Boletín quincenal destinado a la prensa y a la radio). París 25 de febrero de 1965.

BREVE SEMBLANZA DE DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS (1)

por ALBERTO JIMÉNEZ

Era para la filosofía una cuestión de vida o muerte la de volver al problema fundamental de los valores que son universalmente válidos. La autonomía de la razón práctica, expresada en el imperativo categórico kantiano, que exige que en lugar de actuar siguiendo nuestros impulsos, actuemos de acuerdo con máximas que debemos aceptar, como si nuestra voluntad pudiera convertirlas en una ley universal de la naturaleza, fue sufriendo durante todo el siglo XIX un proceso que condujo hasta el individualismo exaltado de Nietzsche, quien proclamaba la relatividad de todos los valores y el único absoluto valor de la voluntad poderosa del superhombre. Pero la filosofía sólo puede vivir como la ciencia de valores universalmente válidos que sirvan de principio a las funciones de la cultura y de la civilización y también a las normas de la vida, a los valores particulares de ella.

Perseguía Giner una reconciliación de esas antítesis. Para él ese mecanismo de la naturaleza era sólo la forma en que trabajaba la esencia espiritual de todo ese mundo real; y la única finalidad que esa esencia se propone es el bien. El mundo de las ideas no es ilusión: es el reino de los valores en que el bien se está realizando.

Conocí a Giner muy adelantado ya él en la vida y distante de este período de creación de su obra institucionista a que ahora quiero referirme; pero me gusta imaginarlo evolucionando desde un ceñudo y estricto sistema de moral tocado de cierto rigorismo y pedantería germánicos, a un tipo de moral (único en que lo he conocido y admirado, con fugaces destellos de aquel que yo supongo antiguo rigorismo) en que la más elevada conducta se produce en el libre juego de una sensibilidad tan noble por sí misma, por ser producto de la razón, que no tiene que vencer conflicto alguno interno, sino sólo abandonarse a las inclinaciones naturales. Ese noble juego entre el rigor y el abandono es el que yo tuve la fortuna de admirar siempre en quien aprendíamos a llamar desde el primer momento "Don Francisco", empleando ese título a la vez respetuoso y familiar, que manteniendo las distancias no les añade frialdad.

Desde que entré en contacto con Giner me sentí moviéndome libremente en el ámbito de una verdadera escuela. Perdió esa palabra el sabor pedante y frío que para mí tenía y creí encontrarme en aquellas escuelas clásicas que eran para todas las edades una continua y noble gimnasia del espíritu.

Era yo muy mozo cuando fui a Madrid a cursar el doctorado de Derecho, y recuerdo que me entretenía en contemplar desde el rellano en que convergían los dos amplios ramales de la escalera del Noviciado, la llegada de los profesores, mejor dicho, la llegada de dos de ellos: Giner y Salmarón. Profesaba este último su clase poco antes que don Francisco. Subía Salmerón pausadamente, con pasos fuertes, cada uno de los cuales parecía echar raíces en el escalón que oprimía. Extrañaba no verle precedido de un paje y seguido de un caudatario, tal era la majestad y lentitud de sus movimientos. Alto, delgado, cetrino, con ojos fulgurantes, pasaba como ensimismado en alguna construcción doctrinal y preparando en su defensa el peso de convincentes argumentos. Alguna vez le seguí a su clase. Era orador de gran majestad y elocuencia. Un día le oí desarrollar un tema metafísico acompañando sus más decisivas conclusiones con fuertes golpes que retumbaban en los altos y lóbregos muros, y en el corazón de los tímidos oyentes.

Era raro que don Francisco no subiese la escalera acompañado de algún discípulo o amigo con quien vendría conversando desde su casa o desde la calle. Al pequeño grupo se unía alguien que esperaba en el rellano, y luego los que aguardaban en las oscuras galerías o reclinados a la puerta de la clase. La entrada en ésta tenía un aspecto social con sus cortesías y precedencias, y el reparto en los asientos de la clase era algo siempre nuevo e imprevisto, aunque tendía a formar un círculo alrededor del maestro, quien, no ocupando jamás el sitial y la tribuna, cogía una de las sillas reservadas a los alumnos. Algunos, pocos libros, y un revoloteo de pequeñas cuartillas indicaba el comienzo del trabajo. Se desarrollaba éste en forma de diálogo apoyado en las notas traídas a clase sobre el tema especial en estudio. Y animado el maestro, se prolongaba la clase, olvidados unos y otros del paso del tiempo (a pesar de las repetidas indicaciones del bedel) en el calor e interés del diálogo.

No terminaba éste ciertamente en la clase, sino que fuera de ella era cuando el diálogo —no ligado a un trabajo que necesariamente reclamaba esfuerzos de técnica y obligada y extensa repetición de opiniones ajenas— se hacía más alado y se lanzaba en busca de los valores universales que pueden sostenerse e inspirar la conducta humana. Muy frecuentemente estas conversaciones tenían lugar ante el austero fondo del Pardo o el más áspero de la sierra. Pero también entre los trajines civiles madrileños, deambulando por las calles en tanto que Giner cumplía diversos deberes sociales, el diálogo subía y bajaba y tenía incidencias imprevistas. Muchas veces al salir de clase, subíamos Noviciado arriba, camino del Paseo del Obelisco. Otras cogíamos el tranvía, y siempre se repetían dos detalles, para mí tan curiosos como expresivos de la psicología de don Francisco.

Era el primero un saludo imperceptible de inclinación de cabeza, llevando la mano al sombrero, ademanes que pasaban inadvertidos para los ocupantes del vehículo, y que yo no había visto esbozar, en condiciones parecidas, sino a un personaje palaciego. En el palaciego parecía como una respuesta al saludo que inconscientemente imaginaba recibir del pueblo para "el señor" a cuyo servicio permanente estaba. En don Francisco creo yo que también era un saludo inconsciente a su España, a los miembros desconocidos de aquella como entidad mística que él llevaba clavada en su corazón.

(1).—("Perspectivas de la UNESCO". París 25 de febrero de 1965). En este mismo número se publica la elegía de Antonio Machado a don Francisco, publicada últimamente por nosotros en nuestro Boletín del 18 de febrero.

UN SOLO HOMBRE BUENO

por MADA CARREÑO

En una soleada mañana del febrero mexicano, y correspondiendo con el cincuentenario de su muerte, los discípulos de don Francisco Giner de los Ríos se congregaron, para recordarle, en el ámbito libre de un jardín.

En esta predilección de sus amigos por cuanto es despejado y alegre, afectivo y sereno, nos pareció hallar, mejor que en cosa alguna, el espíritu vivo del maestro. Durante toda su vida se complació en el goce de las montañas y del campo. Porque hay ciertas inteligencias que se expanden y alcanzan su cabal perfección en contacto con las extensiones abiertas, con su aire fino y movible.

Los primeros hombres que se entregaron al estupendo juego de buscar la verdad, no en adusto retiro, sino en coloquio vivo con sus semejantes, en equilibrio feliz con la naturaleza, esclarecieron definitivamente el camino que lleva a la sabiduría. Una y otra vez vuelve a brotar la claridad desde lo oscuro, una y otra vez encarna en los mejores hombres. Con la particularidad de que suscita siempre el mismo amor en torno, idéntica adhesión profunda. A esa seducción sutil se refería Juan Ramón Jiménez al hablar precisamente de la proximidad y presencia de Giner de los Ríos: "Es como cuando se sienta uno a una fuente, como cuando se lee bajo un árbol... Se sienten ganas de no irse nunca..."

Se sienten ganas de no irse nunca. ¿Cabe mayor homenaje de un ser humano a otro? No es que nos sintamos arrebatados; no es que aquél a quien admiramos suscite entusiasmos más o menos durables. No. Hay algo en esa clara naturaleza que "nos explica" a nuestros propios ojos, que nos sitúa en un paisaje de armónica paz.

Esta cualidad esencial de los buenos no es tal vez apreciada en lo que vale. Es posible que hasta la bondad misma sea mirada a veces con reserva, con imperceptible desdén. Cla-

ro es que también suele llamarse bondad a una cierta mansedumbre pasiva que no coincide con la energía dinámica, sexuada, de la bondad verdadera. Cervantes no era tan sólo un ingenio excepcional, ni siquiera una sensibilidad más fina y perceptiva que otras; era sobre todo un hombre íntegramente, visceralmente bueno, y esa es la razón de su perenne hechizo.

No hay duda de que tendemos a olvidar el poder de la bondad, tanto como el de la propia alegría. En casi todos los negocios humanos existe el mismo error de cálculo: la omisión de alegría y bondad, del enorme poder energético que de ellas emana. Siempre sucede así en los períodos del culto a la eficacia, que no es al cabo más que la expresión de un modo limitado de ver. Por ello mismo resulta oportuno considerar, de vez en cuando, el influjo incalculable que pueden ejercer los actos de un solo hombre bueno.

Refiriéndonos a don Francisco Giner, esta tarea de esclarecimiento resulta doblemente atrayente, debido quizá a que su figura —que es la de un gran educador de todos los tiempos— coincide esta vez con la de un español. Si tenemos en cuenta que la mitología ibérica está repleta de paladines de la acción, de espíritus con frecuencia tan arrojados como intransigentes, de "centinelas puestos en la torre de Dios", tenderemos a apreciar más el advenimiento de estos otros españoles serenos y de mente abierta a lo universal. Hay que decir sin embargo que no forman tampoco una rareza tan exhaustiva como pudiera creerse. Lo que sucede más bien es que, desde Vives y Jovellanos acá, todos ellos han tenido que callar más de lo que quisieran. Lo asombroso es que esta batalla persistente librada por la mesura, la veracidad y el respeto a los otros, no haya sido aniquilada nunca del todo por el ardor de sus enemigos.

Diríamos, por el contrario, que esa corriente liberal del pensamiento español ha sido la que ha venido alimentando todo lo que hay de vivo y de activo en la Península. Y que los hombres capaces de mirar a la verdad de frente —y de expresarla con ese genio peculiar del celtíbero por las realidades concretas— forman, a lo largo de su historia, como pilares sucesivos de un puente por el que todos pasamos.

Cuanto más difícil es sustentarse, más devoción se siente por esta clase de hombres tan firmes en su suavidad, plantados casi siempre solos en medio del desamparo, cuando no de la saña. Giner de los Ríos fue uno de ellos. Fue de los que supo, en un momento dado, ponerse a desbrozar el triste suelo y construir con los materiales que podían hallarse. ¡Y con qué ánimo alegre, con qué empuje se entregó a la tarea! Tenía una intuición clara y abierta y una mirada fina para descubrir aquéllos de los cuales podían hacerse hombres. No bastaría, para describir su enorme obra, con enumerar las entidades culturales, de investigación y pedagógicas —todas ellas de importancia capital— en las que intervino. Ni con citar las palabras de amistad y fervor dedicadas a él, en curioso consuno, por todos los valores relevantes de su época, desde Juan Ramón Jiménez y Machado hasta el vigoroso Unamuno y el sutil Azorín.

¿Cómo medir el influjo ejercido por estas existencias singulares, dadas por entero a la tarea de elucidar la verdad, ensanchar perspectivas y pulsar las posibilidades de la cooperación humana? Ni ellos mismos sospechan la extensión de su siembra. Porque —no obstante las paletadas de tierra que se le echen encima— hay una clase de semilla que encarna en lo profundo para seguir difundiéndose desde allí, sin mengua y sin desgaste.

México, febrero de 1965

DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS (1)

por MARGARITA NELKEN

"... sed lo que he sido
entre vosotros: alma".

En este cincuentenario de la muerte de don Frncisco Giner de los Ríos, estas palabras del célebre poema que le dedicó Antonio Machado, para quienes evocamos la figura del maestro, son como definición absoluta y total.

Filósofo, jurisconsulto, pedagogo; insigne en las tres disciplinas. Pero por sobre todo, habiendo impreso en quienes fueron sus cercanos colaboradores y discípulos directos, y en una muchedumbre que jamás tuvo ocasión de aproximársele, y en varias generaciones formadas a distancia en el molde de su espíritu, e incluso en hombres harto distantes de él por la forma de su existencia, una manera de sentir que llevaba, de inmediato reconocible, el sello de su modo personal de enfrentarse a todas las circunstancias de la vida.

Un estilo de vida inconfundible, por el cual este don Francisco tan enconadamente perseguido por las fuerzas que por entonces se decían oscurantistas, a varios siglos de distancia, y por encima de cuantas mutaciones —externas e internas— han aportado estos siglos, es la segunda hoja del díptico en cuya primera aparece el Francisco de Asis que sabía dialogar con los pájaros y entendía el lenguaje de cada trozo del campo.

Español de la Andalucía por cuya sangre corren las agudezas de la sensibilidad hebraica y lo impávido del señorío árabe, fue la España de Castilla la que le dio sus perfiles definitivos. Toledo y la Sierra del Guadarrama sus más firmes puntales, a la vez que los más seguros trampolines de su pensamiento. El Toledo del Greco de las figuras que miran hacia adentro y hacia arriba; la sierra que había recorrido de joven a pie, palmo a palmo, de la que conocía por sus nombres cada picacho, cada riachuelo, cada hondonada, y a la que hasta casi su último día tornaba cada domingo en demanda de la frescura de una intimidad con las cosas de la naturaleza que le permitían una visión nítida de los hechos de los hombres.

Y a éstos, los hombres y a sus hechos, siempre los contempló desde muy alto, pero a la vez adentrándose en ellos con una penetración que le impulsaba, indefectiblemente, a la máxima tolerancia. Siempre, desde luego, que ésta no fuera aceptación de lo que él tuviera por vileza, en cualquier orden que fuere.

Nadie, por largos años, más calumniado; jamás contestó a un ataque, y era norma en las juntas de profesores y de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, no comentar jamás insidias, ni escritas ni verbales. Cuando, en 1867, renunció a la cátedra, y ello en el momento de tomar posesión de la misma, por solidaridad con su maestro Sanz del Río, quien había sido desposeído de la suya por negarse a la profesión de fe religiosa y política exigida por el ministro Orovio, de estulta memoria, y cuando, en la restauración borbónica de 1875, de nuevo él y los más eminentes profesores fueron separados de la Universidad, encarcelados e incluso desterrados, y tal arbitrariedad dio lugar a verdaderas campañas de protesta en diversos países, don Francisco permaneció personalmente al margen de esas protestas. La única vez que tomó parte en un acto público fue en el memorable mitin en apoyo de la candidatura de Salmerón, el que había de dejar la Presidencia de la República "por no firmar una sentencia de muerte", como reza su epitafio.

Era un estilo de vida, Joaquín Costa, Alfredo Calderón, Fernando de Castro, Augusto G. de Linares, el marqués de la Merced, Azcárate, y tantos otros cuyos nombres quedan en la historia de las ideas, en la España que aspiraba a ensanchar los horizontes de las fronteras espirituales que la abroquelaban desde las miserias fernandinas. Había pasado el tiempo, y ese puñado de hombres que se sentían meollo de la verdadera España no se resignaba a un estancamiento fatalmente degenerado en podredumbre. Como a Unamuno, y como éste diría más tarde, a Giner de los Ríos: "España le dolía en el corazón". Dolor tan puro, y tan depurado que se resistía a toda violencia.

Sabido es que la Institución fue fundada por don Francisco con los profesores privados de cátedra por su liberalismo. Limitada primero su enseñanza a las más altas disciplinas universitarias, don Francisco no tardó en realizar en ella lo que tenía por más principal aún: la formación escolar basada antes que nada en la formación moral. En contacto con los pedagogos más eminentes de Bélgica, Suiza, Alemania, Inglaterra, lleva la filosofía krausista, heredada de Sanz del Río,

(1).—"Excélsior", México, 12 de marzo de 1965. (fragmentos).

a unos dictados éticos que cobran acción en cada pormenor cotidiano. Transformar a España, proporcionándole hombres capaces de transformarla; para este afán todo había de concurrir con igual importancia los estudios primarios y los superiores, las visitas al Prado, el conocimiento del arte en todas sus expresiones, la pulcritud en el vestir y en el decir.

En torno a la institución fueron surgiendo focos de irradiación de la más alta intelectualidad española. De éstos, la Junta para Ampliación de Estudios, que enviaba al extranjero a filósofos, científicos y artistas, dio origen a un florecimiento sin igual. Don Francisco había, a grandes rasgos, apuntado su idea inicial de la Junta en un artículo que causó sensación. Se le atacaba como a nadie, pero como a nadie se le respetaba. Y así unos ministros monárquicos llevaron esa idea a la práctica, previas consultas con su autor. Don Francisco lo planeó todo, anteponiendo esta condición: él no figuraría en la Junta, ni en ninguna nómina. Pero hizo que se designara presidente a Ramón y Cajal, al que, por cierto, había tratado hasta entonces muy poco.

Residencia de Estudiantes, institutos-escuelas... Sería interminable la lista de las "fundaciones" salidas de la mente y del fervor de don Francisco. Más todavía de las que cabría llamar sus fundaciones indirectas: verbigracia, la reforma penitenciaria, pergeñada con Azcárate y Concepción Arenal, a la que siempre le unió devota amistad; las nuevas normas de derecho penal, que dan gloria al nombre de Dorado Montero; y, a la vuelta de muchos años, esos tres colegios: el Madrid, la Academia Hispano-Mexicana, y muy especialmente el Luis, Vives, que ha traído, al asilo generosamente brindado por México, al espíritu libre de la España indómita, ecos prolongados de la obra de don Francisco. Un detalle que no sobrará: el estudiante, o profesor, que algo quería obtener en una de esas "fundaciones", a lo más contraproducente que podía apelar era a una recomendación, así fuere de personaje de la Casa Real. Sin recomendación alguna, y sin tener en cuenta su ideología política ni religiosa, la Junta envió a Ortega y Gasset a completar estudios de filosofía a Alemania, a Sorolla a perfeccionarse en pintura a París, y puede decirse que alumbró lo más decisivo de la intelectualidad hispana durante cerca de medio siglo.

Don Francisco se jubiló antes de tiempo de su cátedra de filosofía del derecho en la Universidad Central, para dedicar a la institución y a sus derivados todo su tiempo. Como en la institución nada cobraba, sus ingresos quedaron limitadísimos. Después de su muerte, entre sus papeles se encontró la lista de los ancianos e inválidos a quienes socorría sin que nadie lo sospechara.

El señor Cossío, el señor Blanco, el señor Navarro, el señor Rubio, el señor Barnés... muchos más, que hasta en el porte se parecían a don Francisco. Así se les llamaba, igual que se les decía "messieurs" a los de Port-Royal. El estilo de vida recordaba el de éste. Acá y allá, en filosofía, en ciencias, en derecho, en comprensión del arte, las más elevadas especulaciones; pero también en Port-Royal, las "Petites-Ecoles", en que un Saint-Cyran, un Pascal, un Racine, ponían su saber al servicio de los niños; en la institución, las clases en que los niños, nuestros niños aprendían desde sus primeras letras.

Y recuerdo aquella noche de bombardeo en Barcelona, en que con Antonio Machado evocábamos lo que suponía la institución, procurando tomar en su enseñanza de dignidad, serenidad para fingir no darnos cuenta del peligro. Yo hablaba del señor Cossío, de todos los "señores" de la institución, aquél de quien más cerca estuve; Machado hablaba de don Francisco, "*el viejo alegre de la vida santa*", y me citó otro verso del poema que le ha dedicado: "*Lleva quien deja, y vive el que ha vivido— ¡Yunques, sonad; enmudeced campanas!*" Para mí, en el poeta, era don Francisco quien hablaba.

¡Un estilo de vida!

CORPORACION

Nuestras más sentidas condolencias a la familia Jiménez por la muerte de nuestro compañero de corporación Juan Jiménez Ortega, antiguo alumno del Instituto Escuela de Madrid.

A la sesión del día 12 de mayo asistimos:

Petra Barnés de Giral, Manuel Cuenllas Rubio, Consuelo Giner de los Ríos de Quint, Francisco Giral González, Antonio Giral González, Jacinta Landa de Mahou, Pilar Mazón de Giral, Magdalena Martínez Carreño de Sesin, Ernesto Navarro Márquez, María del Carmen Nogués de Téllez, Carmen Pinacho de Letre, Julia Rodríguez Mata de Navarro, Germán Somolinos D'Ardois, Alejandro Somolinos, Ricardo Téllez, Amparo Villegas.

Adhesiones:

Elisa Morales de Giner de los Ríos, Juana Ontañón (desde Cuernavaca)

CONVOCATORIA

La Corporación se reunirá, como lo viene haciendo todos los primeros miércoles de cada mes, el día 2 del próximo mes de Junio, a las 7:30 de la tarde, en la Embajada de España, Londres Nº 7, rogando a todos la puntual asistencia.

México 28 de mayo de 1965.

María del Carmen Nogués
Secretaria

Juana Ontañón
Vicepresidenta